Popular

EL ATAQUE AL MOLINO

POR

EMILIO ZOLA

20 CTS

POPULAR

EMILIO ZOLA

EL ATAQUE AL MOLINO

Portada de
ORBEGOZO

7

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo MADRID Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

CAPÍTULO I

Era una hermosa noche de verano y se celebraba una gran fiesta en el molino del tío Merlier.

En espera de los convidados, tres mesas habían sido alineadas en el patio.

No había nadie en la comarca que ignorara que Francisca, la hija del molinero, celebraba aquella noche sus esponsales con Domingo, un mozo que, si bien es verdad que tenía bien acreditada su fama de holgazán, no era menos cierto que todas las mujeres del contorno le miraban con buenos ojos en gracia a su apostura.

Era una alegría el contemplar aquel molino, situado en el lugar donde la carretera de Rocreuse forma un recodo.

En toda la aldea no hay más que una calle, formada por dos hileras de casitas colocadas cada una de ellas en una vertiente del camino. Más allá del recodo se extienden los prados.

El fondo del valle está cubierto por grandes árboles, que abren sus ramas a lo largo del Moselle, formando umbrías deliciosas.

En todo el territorio lorenés no existe un rincón más plácido.

Lo mismo a la derecha que a la izquierda, los espesos bosques formados por seculares arboledas van trepando por ribazos suaves y llenan el horizonte con oleadas de verdura, mientras que hacia el Sur se extiende la llanura de una fecundidad maravillosa ; la llanura, que despliega hasta la última lontananza una serie no interrumpida de tierras parceladas.

Pero lo que presta un mayor encanto a Rocreuse es la frescura que en su hondonada se siente, hasta en los más calurosos días de julio y de agosto.

El curso del Moselle, que desciende desde los bosques de Gagny y parece como si se contagiara de la frescura de las frondas que atraviesa durante leguas y leguas de camino, lleva consigo, juntamente con el murmullo de sus aguas, la sombra recogida durante su tránsito por las selvas.

Bajo las arboledas, otras aguas corrientes también rumorean.

En el país abundan los manantiales.

Durante un paseo por las selvas se les puede distinguir por estrechas hendiduras a la manera de lagos subterráneos que salieran a la luz bajo los verdes musgos para convertirse en fuentes de puro cristal.

Tan numerosas son las voces de estos arroyos que llegan a no dejar oír los trinos de los pajaritos.

Parece aquella tierra un país de hadas con el agua desbordándose en cascadas por todas partes.

Las praderas se presentan empapadas.

Los castaños gigantescos proyectaban sus intensas sombras.

Largas cortinas de álamos blancos se alineaban en las márgenes de los prados con sus susurrantes hojarascas.

Dos calles de grandes plátanos ascienden hacia las ruinas del antiguo castillo de Gagny. En esta tierra, en la que el agua se muestra tan pródiga, las hierbas crecen prodigiosamente. La decoración es como la del fondo de un jardín entre dos vallados de árboles.

Cuando el sol cae a plomo sobre el paisaje, las combras azulean y las hierbas se adormecen en la siesta calurosa, en tanto que una brisa fresca se desliza sobre el follaje.

Los golpeteos del molino del tío Merlier alegraban un rincón del panorama. Un edificio de yeso y tablas formaba el molino ; un edificio que parecía tan viejo como el mundo. Bañábase en el Moselle, que, como hemos dicho, formaba allí un remanso. Mediante una esclusa, el agua caía desde cierta altura para que la rueda girara, produciendo al girar un ruido de tos asmática, como el de una sirviente envejecida en la casa.

Aconsejaban al tío Merlier que la sustituyera, pero éste meneaba la cabeza, asegurando que una rueda nueva sería más perezosa y no se mostraría tan diestra en el trabajo.

Por tanto, lo que hacía era remendar la vieja con cuanto se le llegaba a las manos, duelas de toneles, herrajes oxidados, cinc y plomo.

La rueda seguía, como era su obligación, girando ; pero cada vez presentaba un aspecto más raro, con el perfil lleno de hierbas y de musgos.

Cuando el agua le golpeaba con sus espumas de plata, parecía como que la cubriese de perlas, y aquel estra-

falario armatoste se adornaba con infinitos collares de nácar.

La parte del molino metida dentro de las aguas del Moselle tenía el aspecto de una barca primitiva que hubiese encallado allí.

La mitad del edificio se hallaba construido sobre pilares. El agua corría por debajo del piso, lo que hacía que se hubieran ido formando agujeros que eran muy conocidos en el país por los enormes cangrejos y las sabrosas anguilas que allí se pescaban.

Bajo el caz del salto de agua se presentaba limpio como la superficie de un espejo, y cuando el agua no lo enturbiaba se veían allí bandadas de peces gordos nadando con lentitud.

Junto a un pilar había una barca amarrada. Hacia esta barca descendía una escalerilla deshecha. Sobre la rueda pasaba un pequeño puente de madera en forma de galería y con varios ventanucos desiguales.

Era un laberinto de rincones, de muros pequeños y de construcciones superpuestas que daban al molino un raro aspecto, algo así como el que pudiera ofrecer una ciudad desmantelada.

Con el tiempo había brotado la hiedra y toda clase de trepadoras vegetales obstruían las grietas.

Vista así la casa parecía hallarse cubierta por un manto verde.

Las señoritas de la ciudad que pasaban por aquellos contornos se entretenían sacando croquis del molino del tío Merlier.

Mirada desde la carretera, la casa ofrecía una solidez mayor.

Tenía un zaguán de piedra que terminaba en el corral.

Este se hallaba, a derecha e izquierda, cubierto de cuadras y de caballerizas.

Junto a un pozo, un olmo de gran tamaño proyectaba sombra sobre medio corral. En el fondo abrían sus huecos en hilera cuatro ventanas del primer piso, y encima, el palomar.

La única coquetería que se permitía el tío Merlier con su molino era el de encalar aquella fachada cada diez años.

Al dar principio a nuestra relación acababan de blanquearla, y cuando, a mediodía, el sol la bañaba con su luz, resplandecía sobre todo el pueblo.

El tío Merlier llevaba ya veinte años ostentando el cargo de alcalde de Rocreuse.

Se le tenía estimación por la fortuna que había sabido ir formando. Calculaban su capital en unos ochenta mil francos, reunidos céntimo a céntimo. Cuando se casó con Magdalena Guillard, que aportó como bienes al matrimonio el molino, el tío Merlier no contaba con más capital que con sus brazos. Pero aunque a Magdalena se le presentaran otros partidos, nunca tuvo que arrepentirse de la elección que había hecho, pues su elegido supo, como sin duda no hubiera sabido ningún otro, manejar a perfección los intereses de la casa.

Habiendo, por la época a que nos referimos, fallecido su mujer, el tío Merlier vivía con su hija Francisca.

Con su capital se podía haber retirado, dejando ociosa la rueda del molino; pero comprendió que la inactividad le produciría aburrimiento y que la casa, sin el girar de la molienda, le habría parecido como muerta. Por tanto, trabajaba más por gusto que por interés.

El tío Merlier era un anciano silencioso, de rostro

alargado. Era uno de esos caracteres que, aunque interiormente se encuentren alegres, no manifiestan su alegría con risas.

Continuaba en el puesto de alcalde, además de por su fortuna, por el aspecto que sabía dar a las ceremonias matrimoniales cuando tenía que autorizar o celebrar algún casamiento.

Su hija Francisca acababa de cumplir los dieciocho años.

No se la consideraba en el país como una buena moza, pues la chica de Merlier no era muy desarrollada. Hasta los quince años, más bien había sido fea. Ningún vecino de Rocreuse acertaba a explicarse cómo siendo los Merlier tan apuestos tenían un retoño tan desmedrado y con una facha tan poco cautivadora.

Pero poco después de cumplir los quince años la muchacha empezó a tomar una apariencia encantadora.

Tenía los ojos y el cabello negros y la cara de color de rosa.

Una boca risueña, una frente despejada y unos hoyuelos encantadores en las mejillas.

Aunque para el gusto de los aldeanos resultara un poco canija, distaba mucho de hallarse flaca. Parecía más bien que los aldeanos se referían a su fortaleza, algo así como si quisieran significar que la moza no era capaz de echarse sobre las espaldas un saco de harina.

Poco a poco iba rellenándose de carnes, y no era aventurado vaticinar que con el tiempo se pondría oronda y apetitosa como una perdiz.

Como ya hemos dicho que el tío Merlier era hombre silencioso, no tiene nada de extraño que los continuados

silencios del padre acabaran por influenciar a la hija y le acostumbraran a ser muy formal.

Algunas veces reía, pero era por dar gusto a los demás.

En el fondo era una chica seria.

Como es natural, todos los muchachos del país la hacían la corte, aunque más bien por su capital que por su belleza. Ella había terminado por elegir esposo, lo cual había escandalizado a toda la comarca. En la opuesta orilla del Moselle vivía un robusto muchacho llamado Domingo Penquer. No era de Rocreuse. Hacía diez años que había llegado de Bélgica para tomar posesión de la herencia de un tío suyo que poseía una pequeña hacienda al mismo borde de la selva de Gagny, enfrente al molino y a muy poca distancia de él. El muchacho dijo que venía a vender aquellas tierras para regresar a su patria. Pero al parecer se encontró a gusto en aquella región, y allí se quedó. Se le veía cultivar su trozo de campo y recolectar algunas legumbres, con las cuales vivía. Solía entretenerse en la pesca y la caza. ¡Cuántas veces estuvieron los guardas a punto de prenderle y sumariarle! Aquella vida de completa libertad, que los aldeanos no acertaban a explicarse, le conquistó mala reputación. Se le llamaba cazador furtivo y se le tenía por un holgazán, ya que solía encontrársele a las horas de trabajo durmiendo sobre la hierba. La pequeña casita en que vivía, al pie de los últimos árboles del bosque, parecía la morada de un hombre de malas costumbres. No se hubieran sorprendido mucho las comadres de que tuviera relaciones comerciales con los lobos de las ruinas de Gagny. Sin embargo, las muchachas solteras se atrevían a defenderle, pues era atrayente aquel hombre,

alto y esbelto como un chopo, de blanca piel y rubios los cabellos y la barba. Pues sucedió que una mañana Francisca declaró al tío Merlier que amaba a Domingo, y que jamás se casaría con otro hombre que no fuera él.

Aquello fué un verdadero golpe de maza para el tío Merlier. Permaneció silencioso, como acostumbraba, con expresión pensativa. Toda una semana permaneció malhumorado. Se atormentaba la mente pensando cómo aquel cazador furtivo había podido enamorar a su hija. Se puso en acecho y vió al galán, al otro lado del Moselle, tendido en la hierba y aparentando dormir. Francisca le podía ver muy bien desde su cuarto. La cosa estaba clara: se habían enamorado mutuamente mirándose por encima de la rueda del molino.

Así pasaron otros ocho días. Francisca estaba cada día más triste. El tío Merlier continuaba silencioso. Después, cierto día, él mismo trajo a Domingo. Francisca estaba poniendo la mesa. No pareció asombrarse; se limitó a añadir un cubierto; sin embargo, sus hoyuelos de las mejillas se ahondaron y nuevamente tornó a sus labios la risa. Por la mañana el molinero había ido a buscar a Domingo a su casita, lindante con el bosque. Permanecieron allí los dos hombres hablando por espacio de tres horas, con puertas y ventanas cerradas. Nadie supo qué podían haberse dicho. Lo cierto es que cuando salieron el tío Merlier trataba ya a Domingo como si fuera hijo suyo. Al parecer, el viejo había encontrado lo que deseaba en aquel haragán que se tumbaba en la hierba para enamorar a las muchachas.

Todo el pueblo de Rocreuse se escandalizó. A la puerta de la calle, las mujeres no se cansaban de hablar de la locura del molinero al meter en su casa aquel pá-

jaro de cuenta. El tío Merlier dejó que hablaran. Acaso se acordara de su propio casamiento. Tampoco él tenía un céntimo cuando se había casado con Magdalena y su molino y, no obstante, por eso no había dejado de ser un buen marido. Por otra parte, el muchacho hizo cesar los cuentos poniéndose a trabajar con gran ahinco, dejando asombradas a las gentes del pueblo. Precisamente el mozo del molino acababa de ir al servicio militar, y Domingo no quiso que se tomara otro. Cargó los sacos, guió la carreta y tramó fiera lucha con la rueda cuando parecía se negaba a dar vueltas. El molinero sonreía silenciosamente. Se sentía orgulloso de haber descubierto aquel buen mozo. Nada había como el amor para infundir ánimo en las gentes jóvenes.

Domingo y Francisca se adoraban en medio de aquellos rudos trabajos. Sin hablarse, se miraban llenos de sonriente dulzura. Hasta entonces el molinero no había dicho nada de la cuestión de la boda, y los dos respetaban aquel silencio, esperando lo que quisiera disponer el anciano. Por fin, cierto día, a mediados de junio, el tío Merlier hizo poner tres mesas en el corral, bajo el olmo, e invitó a sus amigos de Rocreuse para que, al atardecer, vinieran a tomar una copa con él. Cuando estuvo lleno el corral y todos tuvieron el vaso en la mano, el molinero levantó en alto el suyo, diciendo:

—El motivo de esta invitación es para tener el gusto de anunciaros que Francisca y este pillete se casarán dentro de un mes, el día de San Luis.

Al oír aquel anuncio de boda se armó gran griterío. Todo el mundo reía y chillaba. El tío Merlier alzó la voz para añadir:

—Domingo, es obligación que beses a tu prometida.

Y los muchachos, llenos de rubor, se besaron, mientras los invitados reían con más fuerza. Aquello tuvo carácter de fiesta, y hasta se vació un pequeño tonelito.

—¡ Psch !—dijo el molinero egoístamente—. Como Domingo es extranjero, no tendrá que ir al servicio... Y si llegaran los prusianos, estaría aquí para poder defender a su mujer.

La idea de que pudieran llegar los prusianos parecía cosa de broma. ¡ Buena paliza se les iba a dar !, y todo terminaría antes de mucho tiempo.

—Yo los he visto ya—dijo con voz sorda el viejo labriego.

Sucedió un corto silencio. Bebieron de nuevo. Los novios de nada se enteraban ; se agarraban las manos dulcemente por detrás del banco, sin que pudiesen verlos, y tan a gusto se encontraban así que permanecieron mucho tiempo con las miradas en el fondo de las tinieblas.

¡ Qué noche más hermosa y perfumada ! El pueblo dormía a ambos lados de la carretera. Solo se oía a lo lejos el canto de algún gallo. De los montes cercanos se desprendían brisas prolongadas que se deslizaban por los tejados como caricia. Presentaban, por momentos, los prados, una majestad recogida y misteriosa, en tanto que los manantiales semejaban la respiración fresca y rítmica de los campos dormidos. La vieja rueda del molino, somnolienta por instantes, parecía soñar, como esos perros viejos que ladran al roncar. Algunos ratos hablaba a solas, mecida por el salto del Moselle, cuya sábana de agua producía el sonido continuo y musical de un tubo de órgano. La paz era completa en aquel rinconcito feliz de la naturaleza.

CAPÍTULO II

A medida que pasaban los días, un mes más tarde, precisamente la víspera de San Luis, reinaba gran pánico en Rocreuse. Los prusianos habían derrotado al emperador y a marchas forzadas avanzaban hacia el pueblo. Desde hacía una semana, las gentes que pasaban por la carretera anunciaban a los prusianos: «Están en Lormière.» «Están en Novelles.»; y al oír decir que se acercaban tan aprisa, todas las mañanas se creía en Rocreuse que bajaban por los montes de Gagny. No obstante, los prusianos no llegaban, y esto aun asustaba más. Aseguraban que caerían de noche sobre la aldea y todos sus habitantes serían pasados a cuchillo.

La noche anterior, poco antes de amanecer, hubo gran alarma. Los vecinos despertáronse al oír gran ruido de hombres en la carretera. Las mujeres ya estaban de rodillas orando, cuando, al abrir con prudencia las ventanas, se vió que llevaban pantalones encarnados: se trataba de un destacamento francés. El capitán preguntó por el alcalde del pueblo, y cuando hubo hablado con el tío Merlier se quedó en el molino.

Lució alegremente el sol aquella mañana. A mediodía haría mucho calor. Aurea claridad flotaba sobre los bosques y de las hondonadas subían blancos vapores. El pueblo, alegre y bonito, se despertaba entre la frescura. Pero en aquel día tan hermoso nadie tenía ganas de reir. Se acababa de ver al capitán dar vueltas alrededor del molino, mirar las casas cercanas, pasar al otro lado del Moselle y estudiar desde allí el país con su anteojo; el molinero, que le acompañaba, parecía darle explicaciones. Después, el capitán mandó apostar soldados tras los muros, tras los árboles, en los hoyos. El grueso del destacamento acampaba en el corral del molino. ¡Se preparaba la lucha! El tío Merlier fué interrogado a su regreso sobre aquel punto. Hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Francisca y Domingo le miraban desde el corral. El acabó por quitarse la pipa de la boca y dijo sencillamente:

—¡Pobres hijos míos! No será mañana cuando os caséis.

El novio, con los labios fruncidos y una arruga colérica en la frente, se incorporaba de vez en cuando para mirar fijamente los bosques de Gagny, como si quisiera ver llegar a los prusianos. Francisca, pálida y triste, se movía de un lado a otro suministrando a los soldados lo que necesitaban. Estos hacían el rancho en un rincón del corral, y las bromas se sucedían mientras llegaba la hora de la comida.

El capitán tenía aire satisfecho. Había visitado los cuartos y el ala grande del molino que daban al río. Sentado junto al pozo, hablaba con el molinero.

—Aquí tienen ustedes una verdadera fortaleza—le de-

cía—. Hasta la noche podemos sostenernos bien... Debían haber llegado ya, pero los miserables se retrasan bastante.

El tío Merlier se quedó muy serio. Le parecía que su molino ardía como una antorcha. Pero, como lo creía inútil, no se quejaba. Solamente advirtió:

—La barca la debía usted hacer resguardar detrás de la rueda. Allí hay un hueco donde cabe muy bien... Quizá pueda servir para algo.

El capitán fué a dar órdenes. Este era un buen mozo, de unos cuarenta años, pero de figura simpática. Le regocijaba ver a Francisca y Domingo. Se ocupaba de ellos, como si hubiera olvidado la proximidad de la lucha. Seguía con la vista a Francisca, y en su rostro se veía que la encontraba muy linda. Después, volviéndose hacia Domingo, le preguntó sin preámbulos:

—¿Cómo no has ido al servicio, muchacho?

—Soy extranjero—repuso el mocetón.

El capitán pareció no quedar satisfecho de esta respuesta. Sonrió guiñando los ojos. Francisca era de trato mucho más grato que los cañones. Entonces, al verle sonreír, añadió el muchacho:

—Soy extranjero, pero coloco una bala en una manzana a quinientos metros... Ahí, detrás de usted, está mi escopeta.

—Es posible que te sirva—respondió tranquilamente el capitán.

Francisca se había acercado un poco, llena de temor. Y sin tener en cuenta la presencia de la gente que allí había, Domingo cogió y estrechó entre las suyas las manos que la joven le tendía. El capitán se sonrió de

nuevo sin decir nada. Quedó silencioso, con la espada entre las piernas y la mirada vaga.

Las diez habían sonado ya. El calor comenzaba a apretar. Profundo silencio reinaba. A la sombra de los cobertizos, los soldados comían ya su rancho. Del pueblo no llegaba el menor ruido, cuyos habitantes habían atrancado las puertas y ventanas de sus casas. Un perro, que se había quedado solo en la cantera, aullaba. Cantó un cuclillo. El silencio iba en aumento.

Y en aquella atmósfera adormecida, sonó de pronto un disparo. El capitán se levantó rápidamente ; los soldados dejaron sus escudillas de sopa aun casi llenas. En algunos instantes todos estaban colocados en sus puestos de combate ; el molino estaba ocupado de arriba abajo. Sin embargo, el capitán, que se había dirigido a la carretera, no pudo ver nada ; de izquierda a derecha se extendía el camino solitario y blanquecino. De nuevo sonó otro disparo..., y nada se veía. Pero, al volverse, advirtió por la parte de Gagny, entre los árboles, una ligera nubecilla de humo que se desvanecía poco a poco. El bosque continuaba en su mudez y calma.

—Los canallas han tomado por el monte—se dijo— ; ya saben que nos encontramos aquí.

Cada vez más nutrido, siguió el fuego de fusil entre los soldados franceses, desplegados en torno al molino, y los prusianos, escondidos tras los árboles. Las balas silbaban por encima de Moselle, sin bajas por una ni otra parte. Los disparos eran irregulares, partían de cada matorral, y sólo se veían las nubecillas de humo, las que el viento mecía suavemente. Esto duró cerca de dos horas. El capitán, con aire indiferente, canturreaba, mientras Francisca y Domingo, que permane-

cían en el corral, se empinaban para mirar por encima de la cerca. Les interesaba sobre todo un soldadito apostado a orillas del Moselle, tras el armazón de una barca vieja; estaba echado en tierra boca abajo; husmeaba, hacía un disparo y luego se escurría a una zanja un poco más atrás para cargar nuevamente su fusil; y eran tan graciosos, astutos y ágiles sus movimientos, que al verle no podían menos de sonreír. Debió de reparar de pronto en alguna cabeza de prusiano, porque se levantó rápidamente y apuntó; pero antes de disparar lanzó un grito, giró sobre sí mismo y cayó rodando a la zanja, donde sus piernas tomaron la rigidez de una gallina degollada. El soldadito acababa de ser herido en mitad del pecho. Aquél era el primer muerto. Francisca tomó instintivamente la mano de Domingo, oprimiéndosela nerviosamente.

—Marchaos de aquí, porque las balas pueden alcanzaros—dijo el capitán.

En efecto; se oyó un golpe seco en el olmo, y un trozo de rama cayó tabaleándose. Pero los jóvenes no se movieron, retenidos allí por la ansiedad del espectáculo. Por un lado del bosque había salido de pronto un prusiano de detrás de un árbol, como de una bambalina, agitando al aire los brazos y cayendo de bruces. Luego nada se movió; ambos muertos parecían dormir al sol, y el campo continuaba solitario. El graneado fuego cesó por completo y no se oyó más rumor que el del Moselle.

El tío Merlier miró al capitán sorprendido como para interrogarle sobre si había terminado todo.

—Ahora es cuando empieza—dijo éste—. Sepárese de ahí; no tenga confianza.

No había terminado de hablar cuando se oyó una terrible descarga. El olmo quedó como arrasado, cayendo de él una lluvia de hojas revoloteando. Afortunadamente, los prusianos habían apuntado muy alto. Domingo arrastró consigo a Francisca, mientras el molinero iba tras ellos gritando:

—Entrad en la cueva; las paredes son sólidas.

Pero sin hacerle caso, entraron en la sala grande, donde en silencio unos diez soldados acechaban por las rendijas de las persianas corridas. El capitán estaba solo en el corral, parapetado tras la pequeña cerca, mientras se sucedían furiosas descargas. Los soldados que habían sido apostados por fuera no cedían el terreno sino palmo a palmo. No obstante, entraban uno a uno arrastrándose cuando los desalojaba de sus escondrijos el enemigo. Su consigna era ganar tiempo, no presentarse a la vista para que el enemigo no pudiera saber qué fuerzas tenía delante. Así pasó una hora. Y como llegase un sargento diciendo que fuera ya no quedaban más que dos o tres hombres, el oficial, sacando su reloj, lo miró y dijo:

—Son las dos y media... Aun hay que sostenerse cuatro horas más.

Mandó cerrar la portalada del corral, y todo quedó preparado para una resistencia enérgica. Como los prusianos estaban al otro lado del Moselle, no había que temer un inmediato asalto. La verdad era que había, a dos kilómetros, un puente, pero debían ignorarlo y no había que pensar en que intentasen vadear el río. El oficial hizo vigilar la carretera. El combate iba a empeñarse por la parte del campo.

La fusilería cesó nuevamente. Bajo el sol que caía

a plomo, el molino parecía muerto. Todas las ventanas estaban cerradas; en el interior no se oía ningún ruido. Sin embargo, iban poco a poco apareciendo prusianos en el bosque de Gagny; alargando el cuello se iban atreviendo. Muchos soldados apuntaban ya desde el molino; pero el capitán les gritó:

—No, aun no; esperad a que se acerquen.

Lo hicieron con la mayor prudencia, mirando al molino con desconfianza. Les inquietaba aquella vieja mansión tétrica y silenciosa, con sus colgaduras de hiedra. No obstante, el avance continuaba. Cuando hubo unos cincuenta en el llano del frente, el oficial gritó:

—¡Fuego!

Se oyó una descarga, seguida de un tiroteo graneado. Agitada por un estremecimiento, Francisca se llevó las manos a los oídos. Su novio miraba por detrás de los soldados; y al disiparse el humo, vió tres prusianos tendidos en medio de la pradera. Los restantes se habían escondido tras los chopos y los sauces. El sitio dió principio.

Durante más de una hora el molino se vió acribillado a balazos. Los proyectiles golpeaban los viejos muros como una granizada. Se clavaban en la madera haciendo un sordo ruido. De vez en cuando un crujido anunciaba que cababa de alcanzarle una bala a la rueda. En el interior, los soldados economizaban los cartuchos, procurando disparar solamente cuando podían apuntar. A ratos, el capitán consultaba su reloj. Y como rajase un proyectil la madera de una ventana, yendo a clavarse en el techo, murmuró:

—Son las cuatro. Va a ser imposible sostenernos.

En efecto; aquel fuego terrible de fusilería iba que-

brantando poco a poco el viejo molino. Cayó al agua una ventana de madera, y fué necesario reemplazarla por un colchón. El molinero se exponía a cada instante para comprobar las averías de su pobre rueda, cuyos crujidos le partían el corazón. Lo que es ahora, había terminado ya; no podía echarle más remiendos. Domingo había rogado a Francisca que se retirara; pero ella quería seguir allí con él; estaba sentada tras un gran armario de encina, que la protegía. Pero una bala dió en el armario, de cuyos costados salió un sonido grave. Entonces, Domingo se puso delante de Francisca. Aun no había disparado; tenía en la mano la escopeta, pero no podía acercarse a las ventanas por hallarse estas ocupadas por los soldados. A cada descarga, el piso retemblaba.

—¡Cuidado, cuidado!—gritó de pronto el capitán.

Había visto salir del bosque una masa oscura. En seguida empezó un formidable fuego de pelotón. Fué como si pasara una tromba por encima del molino. Otra ventana saltó y entraron las balas por el hueco. Los soldados rodaron por el suelo. Como estorbaban, los arrimaron contra la pared. Las balas entraban sin cesar; cada cual se guarecía y trataba de encontrar una tronera por donde disparar. Un tercer soldado fué herido. Cayó al lado de la mesa, con los ojos foscos y fijos. Francisca, llena de espanto frente a aquellos muertos, se sentó en el suelo junto a la pared. Allí se creía más pequeña y con menos peligro. Entretanto, cogieron todos los colchones de la casa y taparon a medias la ventana. La sala se iba llenando de despojos, de muebles desvencijados y armas rotas.

—Las cinco—dijo el capitán—. Resistid... Van a tratar de pasar el río.

En aquel momento Francisca dió un grito. Una bala acababa de rozarle la frente. Algunas gotas de sangre brotaron. Domingo la miró; luego, acercándose a la ventana, disparó su primer tiro, y después no dejó de disparar. Cargaba y tiraba sin preocuparse de lo que pasaba en torno suyo; únicamente, de vez en cuando, echaba una mirada a Francisca. Pero no se embarullaba; apuntaba con atención. Los prusianos, bordeando los chopos, intentaban vadear el Moselle, como lo había previsto el oficial; pero cuando uno de ellos se atrevía, una bala de Domingo le hería en la cabeza. El capitán, que observaba aquella táctica, estaba asombrado. Felicitó al joven, y le dijo que sería muy feliz si tuviera muchos tiradores de su puntería. Domingo no le atendía. Una bala le dió en un hombro y otra le contusionó un brazo; pero él seguía disparando.

—Aguantad... Media hora más—gritó el oficial.

Contaba ya los minutos. Había prometido a sus jefes contener al enemigo hasta la noche, y no hubiera retrocedido antes de la hora de la retirada. Sonreía a Francisca con aspecto amable, como para infundirle tranquilidad. El mismo acabó por coger el fusil de un soldado muerto y se puso a disparar.

En la sala ya no quedaban más que cuatro soldados. Al otro lado del Moselle los prusianos se presentaban en masa, y de un momento a otro pasarían el río.

Pasaron algunos momentos más. Terco el capitán, no quería dar orden de retirarse, cuando se presentó un sargento y dijo:

—Están ya en la carretera; nos van a pillar la retaguardia.

Los prusianos debían de haber encontrado el puente. El oficial sacó el reloj.

—Cinco minutos más—dijo—. Antes de cinco minutos no pueden estar aquí.

Por fin, a las seis en punto, consintió en hacer salir a sus hombres por una puertecilla que daba a una calleja. De allí se arrojaron a una zanja, llegando al bosque de Sauval.

Antes de marchar, el oficial saludó atentamente al molinero, pidiendo perdón por lo que había sucedido, añadiendo:

—Atiéndales..., que ya volveremos nosotros.

Domingo, que se había quedado solo en la sala, seguía disparando, sin atender a otra cosa ni comprender nada de lo que pasaba. Lo único que sentía era un gran deseo de defender a su novia. Los soldados se habían ido sin que él se diese cuenta de ello. Cada disparo que hacía mataba un hombre. De repente, se produjo un gran ruido. Los prusianos invadían el molino por la parte del corral. Hizo Domingo el último disparo y le apresaron cuando aun tenía humeante su fusil.

Entre cuatro hombres le sujetaron. Un gran número de prusianos gesticulaba y vociferaba en un idioma horrible. Estuvo a punto de ser degollado inmediatamente. Francisca se había lanzado implorante. Pero un oficial entró y mandó que le entregasen el prisionero. Después de hablar algunas palabras en alemán con sus soldados, se dirigió a Domingo y le dijo en perfecto francés:

—Será usted fusilado dentro de dos horas.

CAPÍTULO III

De las reglas dictadas por el Estado Mayor alemán, una de ellas decía así:

«Será fusilado todo francés que no perteneciendo al ejército regular se prenda con las armas en la mano.»

Escarmentando así a los campesinos que defendían sus casas, procuraban impedir el temido levantamiento general.

Un hombre alto y flaco, de unos cincuenta años, que acompañaba al oficial, sometió a Domingo a un corto interrogatorio. Aunque hablaba a la perfección el francés, en su acento se notaba una sequedad completamente prusiana.

—¿Es usted de esta comarca?

—No, señor; soy belga.

—Entonces, ¿por qué ha disparado usted?... Esto no debía importarle nada.

Domingo permaneció en silencio. El oficial se fijó en aquel momento en Francisca, que escuchaba en pie, muy pálida; la leve herida que le produjera un proyectil formaba en su lívida frente una línea roja. Mi-

rando a los jóvenes, pareció comprenderlo todo, y el oficial añadió:

—¿No negará usted que ha disparado?

—He disparado cuanto he podido—contestó el muchacho sencillamente.

Esta confesión era innecesaria, puesto que estaba negro de la pólvora, jadeante y manchado con algunas gotas de sangre que brotaban del rasguño de su hombro.

—Muy bien—repuso el oficial—. Se le fusilará dentro de dos horas.

Francisca no dejó escapar un solo grito. Se retorció las manos, enlazándolas en un ademán de muda desesperación. El oficial comprendió aquel movimiento. Dos soldados se habían llevado al joven a una habitación próxima, donde tenían orden de no perderle de vista. Francisca había caído desfallecida sobre una silla, negándose sus piernas a sostenerla; quería llorar sin poder conseguirlo; sentía ahogarse por momentos. El oficial la contemplaba en silencio. Por fin, se decidió a preguntarle:

—Ese muchacho, ¿es hermano de usted?

Ella hizo con la cabeza un movimiento negativo. Se quedó rígida. Pasado un instante de silencio, volvió a preguntar el oficial:

—¿Hace mucho tiempo que vive en este país?

Francisca hizo una señal afirmativa.

—¿Pues, entonces, conocerá bien los bosques de los alrededores?

Entonces fué la joven la que habló:

—Sí, señor; muy bien—dijo mirándole sorprendida.

El oficial enmudeció, y dando media vuelta, mandó

que le trajeran al alcalde del pueblo. La muchacha se había levantado, ruborosa, creyendo adivinar el objeto de aquellas preguntas y llena de esperanza. Francisca corrió a buscar a su padre.

Cuando cesaron los disparos, el molinero había bajado por la galería de madera a examinar su rueda. Amaba profundamente a Francisca, sentía gran afecto por Domingo; pero aquella rueda ocupaba un gran puesto en su corazón. Y puesto que los dos muchachos habían conseguido salir salvos del combate, se acordaba de aquel otro objeto de su amor que tanto había sufrido en la refriega. Y echado sobre el gran armatoste de madera, examinaba sus heridas con gran pesar. Cinco paletas se habían hecho añicos, y el maderaje central estaba acribillado. Iba metiendo los dedos en los agujeros de los balazos para cerciorarse de la profundidad de sus heridas. Estaba pensando en la forma que compondría todas aquellas averías. Su hija le encontró cuando estaba ya tapando las grietas con musgo y los residuos.

—Padre, le busca el oficial prusiano.

Y no pudo ya contener los sollozos al contarle lo que acababa de suceder. El molinero movió gravemente la cabeza. No era tan fácil fusilar a las gentes. Había que verlo para que se pudiera creer. Y con su aspecto tranquilo entró en el molino. Cuando le pidió el oficial víveres para sus soldados, le respondió que los habitantes de Rocreuse no estaban acostumbrados a las violencias, y que nada conseguirían de ellos si empleaban medios brutales. Si le dejaban obrar solo, él se encargaría de todo. En un principio, pareció enfadarse el oficial, pero acabó por amoldarse a aquel tono tranqui-

lo, y cedió, por fin, a las palabras claras y breves del viejo. Llegó hasta a llamarlo para preguntarle:

—Aquellos bosques de allí enfrente, ¿cómo los llaman?

—Son los bosques de Sauval.

—¿Y qué extensión tendrán, poco más o menos?

—No podría decirlo—respondió el tío Merlier mirándole fijamente.

Una hora después se hallaba en el corral del molino la contribución de guerra en víveres y dinero que el oficial había reclamado. La noche se acercaba. Francisca seguía ansiosamente los movimientos de los soldados. Procuraba no alejarse de la habitación en que estaba preso su novio. Serían las siete cuando experimentó una gran emoción; vió al oficial entrar en la habitación del prisionero, y estuvo oyendo sus voces durante un cuarto de hora. Por fin reapareció el oficial en el quicio de la puerta dando una orden en alemán, que la muchacha no pudo entender; pero cuando vió que en el corral se formaban doce hombres, con el arma al brazo, tal temblor se apoderó de ella, que se sintió morir. Sin duda, había llegado el momento de la ejecución. Allí permanecieron los doce hombres unos diez minutos; se oía la voz de Domingo, que se negaba violentamente. Por fin, el oficial salió cerrando la puerta con violencia y exclamando:

—Ya lo pensará usted esta noche... No le doy más plazo que mañana a la mañana.

Y a un gesto suyo se rompió la fila de los doce hombres. Francisca quedó anonadada. El molinero, que seguía fumando mientras miraba el pelotón, con expresión sencilla de curiosidad, se acercó a cogerla por un

brazo, y con paternal dulzura la condujo a su habitación.

—Ten calma, procura dormir..., y mañana ya veremos lo que sucede—le dijo.

Al salir, la encerró prudentemente. Pensaba que las mujeres no sirven para nada, y que cuando ellas se mezclan en un asunto serio lo echan todo a perder. Pero la joven no se durmió. Se sentó en la cama y así permaneció largo rato, escuchando todos los rumores de la casa.

Por fuera, la noche era tibia y serena. La creciente luna, que se ponía por los bosques de Sauval, alumbraba la campiña. La pronunciada sombra de los árboles ponía negras rayas en las praderas, mientras la hierba tomaba una suavidad de terciopelo. Pero la muchacha no se fijaba en el encanto de la noche. Examinaba el campo, buscando con la mirada los centinelas que debían haber puesto en él los prusianos. Veía cómo se escalonaban sus siluetas a lo largo del Moselle. Y pudo notar que delante del molino, al otro lado del río, no había más que uno, junto a un sauce que hundía sus ramas en el agua. Francisca lo veía con precisión. Era un muchacho corpulento, y permanecía en pie, mirando al cielo con aire pensativo.

Cuando hubo examinado todos los alrededores con atención, volvió a sentarse en la cama. Así permaneció absorta en sus ideas por espacio de una hora. Después escuchó nuevamente. No se oía en la casa el más leve rumor. Volvió a la ventana y echó nuevamente un vistazo; pero, sin duda, le resultó algo molesta la luna, que se distinguía aún tras los árboles, porque de nuevo se puso a esperar. Le pareció que por fin había llegado

la hora. Era noche cerrada, y ya no distinguía al centinela de enfrente; los campos semejaban una gran mancha de tinta. Escuchó atentamente y por fin se decidió. Próxima a la ventana había una escalera de hierro, de barrotes empotrados en el muro, que subía desde la rueda del granero y que en pasadas épocas solía servir a los molineros para inspeccionar ciertos rodajes: después se había mejorado el mecanismo, y hacía ya tiempo que la escalera iba desapareciendo bajo la espesa hiedra que iba cubriendo aquella parte del molino.

Francisca pasó resueltamente las piernas por encima del alféizar de la ventana, y apoyándose en una de las barras de hierro se encontró en el vacío. Comenzó el descenso. Las faldas la molestaban. De pronto se desprendió una piedra del muro y rebotando cayó al Moselle. La muchacha se detuvo, helada por el terror. Pero se dió cuenta de que el salto de agua, con su continuo ronquido, apagaba a distancia todos los ruidos que podía ella producir; y entonces bajó con más audacia, hurgando a tientas la hiedra con el pie y afirmándose en los escalones. Cuando se encontró a la altura de la prisión de Domingo, se detuvo nuevamente. Faltó poco para que una imprevista dificultad le hiciera perder nuevamente la esperanza: la ventana del cuarto en que estaba encerrado el muchacho no estaba hecha con regularidad debajo de la ventana de su habitación, sino que se desviaba de la escala; y cuando extendió la mano, sólo tropezó la pared. ¿De nuevo tendría que subir sin haber conseguido su objeto? Se cansaban sus brazos, y el murmullo del río a sus pies comenzaba a darle vértigos. Arrancó de la pared trocitos de yeso y los lanzó a la ventana de Domingo. El joven

debía estar durmiento, porque no la oía. Desollándose los dedos, siguió desconchando la pared. Las fuerzas comenzaban a abandonarla y sentía que iba a caerse de espaldas cuando, por fin, Domingo abrió la ventana con precaución.

—Soy yo, Domingo. Cógeme pronto, porque voy a caerme.

Aquélla era la primera vez que le tuteaba. El la cogió, inclinándose, y la trajo hacia la estancia. Allí estallaron sus lágrimas, haciendo grandes esfuerzos por ahogar sus sollozos para que no la oyesen. Haciendo después un supremo esfuerzo, logró tranquilizarse.

—¿Te vigilan?—le preguntó en voz queda.

El muchacho, asombrado de verla allí, se limitó a señalar la puerta. Se oía roncar al otro lado; sin duda, el centinela había cedido al sueño y se había echado en tierra, junto a la puerta, pensando que de aquella forma no podría escapar el prisionero.

—Es necesario que huyas. Para eso he venido, y para decirte adiós.

Pero él no parecía oírla, y se limitó a repetir:

—Pero ¿has sido tú? ¿Tú?... ¡Qué susto me has hecho pasar! ¡Te podías haber matado!

Le tomaba las manos, y besándoselas añadía:

—¡Cómo te amo!... ¡Eres tan buena! Y valiente... Mi mayor temor era el de morir sin volver a verte... Pero ahora estás aquí, y si quieren ya pueden fusilarme. Cuando haya pasado contigo un cuarto de hora, estaré dispuesto.

La había atraído hacia sí, y ella apoyaba la cabeza en su hombro. Les acercaba más aún el peligro. De todo se olvidaban en aquel abrazo.

—¡Francisca mía!—siguió diciendo el muchacho cariñosamente—. Hoy es precisamente San Luis, el día esperado tanto para nuestra boda. No puede separarnos nada, puesto que estamos los dos fieles a la cita.. ¿Verdad? Esta debía haber sido nuestra noche de novios.

—Sí, la noche de novios—repitió ella.

Se dieron un beso, llenos de estremecimiento. Pero de repente ella se desprendió; a su vista se presentaba la terrible realidad.

—Es preciso que huyas; tienes que huir—murmuró—. No podemos perder un instante.

Y como Domingo extendiera nuevamente los brazos para tomarla de nuevo, volvió ella a tutearle:

—¡Te lo ruego; atiéndeme!... Si te matan a ti, moriré yo también. Antes de una hora habrá amanecido. Debes de marcharte en seguida.

En breves palabras le explicó su plan. La escala de hierro descendía hasta la rueda; estando ya allí, se podía valer de las paletas y entrar en la barca, que se hallaba en un rincón.

—Pero aquello estará también vigilado—repuso el muchacho.

—No hay más que un centinela allí enfrente, al pie del primer sauce.

—¿Y si gritara al verme?

Un temblor convulso sacudió el cuerpo de Francisca. Le puso en la mano un cuchillo que había bajado consigo y siguió un corto silencio.

—Pero ¿y tú y tu padre?—preguntó Domingo—. ¡No, no puedo huir!... Cuando yo me hubiera ido, esos soldados os asesinarían... No sabes cómo son. Me han

prometido el perdón si consentía en guiarlos a través del bosque de Sauval. Si descubren mi fuga, son capaces de todo.

Francisca no discutió. A todas las razones del muchacho, ella respondía:

—Domingo, si me amas, huye. No te quedes aquí un solo instante.

Luego prometió volver a su cuarto. Nadie sabría que ella le había ayudado. Terminó por estrecharle en sus brazos para convencerle, con arranque apasionado. El se dejó vencer. Sólo preguntó:

—¿Juras que tu padre sabe lo que has hecho, y que él me aconseja que huya?

—Es mi padre precisamente quien me manda—respondió resuelta Francisca.

Por verle a salvo, mentía sin vacilación. En aquel momento sólo sentía la necesidad de verle libre de la muerte que le esperaba en cuanto saliera el sol. Cuando estuviera él lejos, que cayeran sobre ella todas las desdichas, que le parecerían dulces sabiendo que él vivía. En su tierno egoísmo no quería más que él quedara con vida.

—Puesto que te empeñas, huiré—dijo Domingo.

Y no volvieron a hablar. El joven fué a abrir de nuevo la ventana. Pero, de pronto, un ruido les dejó helados. La puerta se movió y creyeron que iban a abrirla. Alguna ronda debía haber oído sus voces. Y puestos en pie, pegados uno a otro, esperaban con indecible angustia. La puerta fué sacudida de nuevo, pero permaneció cerrada. Los jóvenes ahogaron un suspiro; habían comprendido que el soldado que dormía en el umbral había dado una vuelta en el suelo. En efecto, tras

un nuevo silencio, se oyeron nuevamente los ronquidos.

El muchacho se empeñó en que Francisca subiera primero a su habitación. La tomó en sus brazos y le dió un mudo adiós. Luego la ayudó a tomar la escala y él agarróse a su vez. Pero no quiso bajar un escalón hasta ver que ella había llegado a su cuarto. Cuando hubo entrado la joven en éste, dejó caer como un soplo estas palabras:

—Hasta que nos veamos. Te adoro.

Se quedó acodada en la ventana, procurando seguir con la vista al muchacho. La noche seguía oscurísima. La joven buscó con la vista al centinela y no lo encontró; solamente el sauce formaba una mancha pálida en medio de las tinieblas. Oyó por un instante el roce del cuerpo de Domingo a lo largo de la hiedra. La rueda crujió, y un ligero chapoteo indicó a Francisca que el joven acababa de encontrar la barca. Un instante después, la muchacha pudo ver la oscura silueta de la barca sobre la sábana gris del Moselle. Entonces se le oprimió la garganta angustiosamente. Creía oír a cada instante el grito del centinela; los más insignificantes ruidos en la oscuridad le parecían pasos de soldados, chocar de armas, ruido de fusiles dispuestos a disparar. Pero transcurrían los segundos y el campo conservaba su tranquilidad. Domingo se debía de acercar ya a la otra orilla. Francisca no veía ya nada. Y de pronto oyó un pataleo, un grito ronco y la caída sorda de un cuerpo. Después, el silencio se hizo más profundo. Y como si la muerte hubiera pasado a su lado, se quedó yerta, fría, frente a la densa oscuridad de la noche.

CAPÍTULO IV

Al romper el alba, voces estrepitosas se oyeron en el molino. El padre de Francisca fué a abrir el cuarto de la joven. Esta bajó al corral, cubierta de mortal palidez, pero muy tranquila. Pero ya allí no pudo reprimir un escalofrío que sacudió su cuerpo al ver ante ella el cadáver de un soldado prusiano tendido sobre un capote al lado del pozo.

Rodeando al cadáver, los demás soldados chillaban y gesticulaban en tono amenazador. Algunos levantaban los puños a la aldea con ademán de cólera. Entretanto, el oficial había hecho venir al molinero, como alcalde del pueblo.

—Aquí tenéis a uno de nuestros soldados al que se ha encontrado muerto a mano airada en el otro lado del río... Hemos de hacer un ejemplar escarmiento, y es necesario que usted me ayude a buscar al criminal —le dijo con voz ahogada por la cólera.

Muchos de ellos apretaban los puños en dirección a la aldea. El oficial, atendiendo a que el tío Merlier era el alcalde del pueblo, le había hecho llamar.

—Yo haré todo lo que a usted le parezca—contestó el

molinero con su habitual tranquilidad—; pero mucho me temo que no nos va a ser fácil el hallarle.

El oficial se había inclinado para separar un trozo del capote que ocultaba el rostro del cadáver.

Apareció una herida horrorosa.

El centinela había muerto degollado y todavía conservaba el arma homicida clavada en el cuello.

El oficial volvióse hacia el tío Merlier y le dijo:

—Mire este cuchillo. Es muy probable que nos sirva para facilitar nuestras investigaciones.

Se trataba de un cuchillo de cocina, de empuñadura negra.

El viejo, al verlo, sintió un escalofrío.

Logró reponerse y contestó sin que uno de sus músculos faciales se contrajera:

—En nuestros campos todos usan cuchillos parecidos a ése. Tal vez ese hombre estuviera cansado de tanto pelear y se haya decidido a suicidarse. Suelen ocurrir casos de ésos...

—¡Cállese!—gritó el oficial con furia—. No sé qué es lo que me contiene. No sé, tampoco, cómo no mando pegar fuego a la aldea por los cuatro costados.

Por suerte para ella, la cólera de que estaba poseído el oficial no le permitía fijarse en la profunda alteración que había sufrido el rostro de Francisca.

La muchacha se había visto en la necesidad de apoyarse en el poyo de piedra que había junto al pozo. A su pesar, no podía apartar la mirada de aquel cadáver tumbado en el suelo y junto a sus mismos pies.

El muerto era un mozo fuerte y guapo, que tenía un raro parecido con Domingo; un mozo de cabellos ru-

bios y ojos azulados. Aquella semejanza tenía oprimido el corazón de la hija del molinero.

Pensó que tal vez, el que ya no volvería jamás a su patria, habría dejado en Alemania alguna novia que le lloraría en la ausencia y a quien se causaría gran pesar cuando le llevaran la triste nueva...

Reconocía su propio cuchillo clavado en el cuello del infeliz.

¡Y era ella, ella misma quien le había matado!

En tanto, el oficial continuaba hablando de las terribles represalias que iba a ser necesario tomar contra Rocreuse.

De pronto, a todo correr, se presentaron unos soldados. Venían a dar noticia nada menos que de la evasión de Domingo. Esto causó entre los oyentes una sensación extraordinaria.

—¡Idiota!—murmuró entre dientes el tío Merlier—. Todo lo ha echado a perder.

Francisca, que fué la única que le oyó mascullar, se llenó de angustia. Por otra parte, su padre no sospechaba que ella fuera cómplice.

El viejo meneó la cabeza y dijo a su hija en voz baja:

—¡Buena la ha hecho!

—¡Ese miserable! ¡Ese miserable!...—decía en tanto el oficial—. Habrá llegado a los bosques.

Luego añadió:

—Es necesario que nos lo entreguen. En otro caso, el pueblo entero pagará su crimen.

Dirigiéndose al tío Merlier exclamó:

—Usted debe saber dónde puede hallarse oculto.

El tío Merlier, con su sonrisa silenciosa, mostró la

inmensa extensión que abarcaban las landas cubiertas por completo de árboles, y dijo:

—¿Cómo se podría encontrar un hombre ahí dentro?

—Seguramente, hay escondites que usted conoce. Voy a darle diez hombres para que les sirve de guía...

—Está bien—dijo el molinero—; pero comprenda que no es tarea de horas. Se necesitarán lo menos ocho días para poder registrar a conciencia todos los contornos.

La tranquilidad del viejo contribuía a acrecentar la cólera del oficial.

Comprendió que, en efecto, una batida en aquellas condiciones ofrecía el mínimo de probabilidades de éxito.

Pensando en esto, reparó en Francisca, pálida y temblorosa, apoyada en el poyo. No dejó de extrañarle la actitud afligida de la joven.

Se calló un momento.

Después examinó uno tras otro al molinero y a su hija, y terminó su examen preguntando de forma brutal al anciano:

—¿No es el huído el amante de su hija?

El tío Merlier se puso pálido y tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no saltar al cuello del oficial. Se quedó rígido y no dió respuesta a la grosera interpelación.

Francisca había ocultado su rostro entre las manos.

Como nadie hablara, continuó diciendo el prusiano:

—Sí, eso es; o usted o su hija le han ayudado a huir... Reconozcamos que es usted su cómplice. Por última vez, dígame si me lo quiero entregar...

El tío Merlier no contestó.

Como si el oficial no se dirigiera a él, se había vuelto de espaldas mirando hacia lo lejos, con ademán de indiferencia.

Esto llevó la cólera del prusiano hasta el último extremo.

—Bien—declaró—. Usted va a ser fusilado en su lugar.

Pidió de nuevo el pelotón para el fusilamiento.

El molinero conservó toda su sangre fría. Apenas si se encogió de hombros, como si le pareciese de mal gusto la escena que se estaba desarrollando. Sin duda, tenía la opinión de que a un hombre no se le podía fusilar tan fácilmente.

Cuando el pelotón se halló presente, dijo con semblante grave:

—Conformes. Si lo que usted necesita es fusilar un hombre a todo trance, igual puedo servirle yo que otro cualquiera.

Pero Francisca se levantó como enloquecida y balbuceó:

—¡Misericordia, señor! No haga usted ningún daño a mi padre. Máteme a mí en su lugar... Yo fuí quien ayudó a Domingo a que huyese. Yo soy, por tanto, la única culpable.

El tío Merlier exclamó:

—¡Calla, hija mía!

—No, padre...

—¿Por qué mientes? Señor, ha pasado la noche encerrada en su cuarto, como de costumbre. Le aseguro que miente.

Pero la joven no le dejó terminar, y ardorosamente declaró:

—¡No, no miento! Bajé por la ventana y aconsejé a Domingo que huyera... Esta es la verdad, la única verdad.

El viejo estaba de nuevo pálido.

Sus ojos se daban perfecta cuenta de que Francisca no mentía, y lo que allí estaba ocurriendo le espantaba. ¡Los jóvenes! Cuando el corazón se mezcla en esta clase de asuntos, es para echarlo todo a perder.

Se enfadó:

—Está como loca. No le haga usted caso. Le está contando una historia estúpida... Acabemos de una vez con esta farsa.

Francisca pretendió protestar de nuevo. Se arrodilló frente al oficial. Cruzó las manos.

El prusiano asistía impasible a aquella escena dolorosa.

—Cojo a su padre—dijo por fin—porque no tengo al otro. Procure traerlo y pondré a su padre en libertad.

Ella le miró por un momento con ojos de espanto, ante lo terrible de la proposición que se le hacía.

—¡Esto es espantoso!—exclamó—. ¿Dónde quiere usted que encuentre yo a Domingo ahora? Se marchó y no he vuelto a saber más de él.

—Entonces, elija. O él o su padre.

—¡Dios mío! ¿Pero es que puedo yo elegir?... Ni aunque supiera dónde se halla Domingo podría decir... Está usted destrozándome. Prefiero morir en el acto. Esta es la solución mejor. Mande que me fusilen a mí, se lo suplico...

Aquellas continuas exclamaciones y aquellas lágri-

mas impacientaban cada vez más al oficial, que exclamó:

—¡Basta ya! Quiero mostrarme magnánimo. Consiento en concederle a usted un plazo de dos horas. Si dentro de ese tiempo no está aquí su novio, mandaré fusilar a su padre.

Hizo llevar al tío Merlier al cuarto que había servido a Domingo de encierro. El molinero pidió tabaco y se puso a fumar. Algunos soldados le dirigían la palabra. Eran bromas que no comprendía.

Francisca se quedó mirando a la puerta por donde acababa de desaparecer su padre.

Dentro del cuarto, en el semblante del viejo no podría haberse descubierto la menor señal de emoción. Unicamente cuando se aseguró de que le habían dejado solo derramó dos lágrimas que resbalaron con lentitud por sus mejillas.

¡Cuánto estaba sufriendo su desgraciada y querida hija!

En efecto, Francisca, con lento ademán, se había llevado las manos a las sienes, como con miedo de que le estallasen.

El oficial dió media vuelta, repitiéndole:

—Dos horas le quedan. Trate de sacar partido del plazo.

¡Le quedaban dos horas!

Esta frase le zumbaba dentro del cerebro.

Maquinalmente, salió del corral y echó a andar hacia adelante.

¿Dónde iría? ¿Qué podría hacer?...

No se molestó en buscar una solución, porque comprendía lo inútil del esfuerzo. A pesar de todo, hubiera

deseado ver a Domingo. Hablando ambos, quizás hubieran llegado a encontrar algún recurso.

Descendió por la orilla del Moselle. Atravesó el río por un punto cercano a la esclusa en el que había varias piedras.

Sus pies, que no su cerebro, la condujeron al tronco del primer sauce en el extremo de la pradera.

Allí descubrió un charco de sangre que le hizo palidecer.

En aquel lugar había estado Domingo.

En efecto, siguió sus huellas sobre las hierbas pisadas; el joven debía haber dejado de correr, puesto que se veía una línea formada por largos pasos que atravesaban diagonalmente la llanura.

Después perdió de vista las huellas.

Luego creyó volverlas a encontrar, y siguiéndolas llegó hasta la linde del bosque, donde toda señal desaparecía.

Penetró resueltamente en la arboleda.

El encontrarse a solas le producía cierto alivio.

Se sentó un instante; pero luego, pensando que las horas transcurrían, se volvió a poner en marcha.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde el momento que abandonó el molino? ¿Cinco minutos? ¿Más de media hora? No tenía conciencia del tiempo.

Tal vez Domingo hubiera ido a esconderse en un soto que ella conocía, y en el que una tarde la habían pasado juntos partiendo y comiendo avellanas.

Se dirigió al lugar aquél y lo recorrió.

Al oírla llegar, un mirlo escapó emitiendo su silbido triste y dulce. Entonces pensó Francisca en que Domingo podría muy bien haber ido a buscar refugio en

el hueco de unas peñas en las que en alguna ocasión había estado esperándola.

El hueco que formaban las peñas estaba vacío.

Comprendió la inutilidad de continuar su búsqueda. Pero bastó que se diese cuenta de que no podría encontrarle para que se pusiese a buscarle con mayor avidez.

De pronto se le ocurrió la idea de que seguramente se habría subido a algún árbol.

Desde entonces avanzó mirando hacia arriba, y con objeto de que él supiera que la tenía cerca le llamaba a cada quince o veinte pasos.

Pero una de las veces que se le figuró haberle visto se detuvo sofocada y aun con deseos de huir.

¿Qué era lo que podría decirle?

¿Que iba a buscarle para que fuese con ella a que le fusilaran?

Lejos de eso, le gritaría que huyera, que siguiera más adelante, que se alejara del peligro...

Pero luego, el pensamiento de que su padre estaba esperando su regreso le produjo un dolor agudo.

Cayó sobre la hierba, llorando y repitiendo en voz alta:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Para qué he venido aquí?

Se sintió enloquecida por el pensamiento de haber salido del molino. Llena de pavor, echó a correr en busca de la salida; por fin, desembocó en un llano cerca de Rocreuse.

En cuanto divisó el pueblo, se detuvo.

Se hallaba con la vista fija en Rocreuse, cuando una voz pronunció dulcemente su nombre:

—Francisca...

Y vió cómo Domingo alzaba la cabeza al borde de una zanja.

¡Santo Dios! Le había encontrado. ¿Sería que el cielo quería su muerte? Conteniendo un grito, se deslizó dentro de la zanja.

—¿Me buscabas?—le preguntó él.

—Sí—contestó Francisca, sin darse cuenta de lo que contestaba.

—¿Qué sucede?

Ella bajó los ojos y balbuceó:

—Nada..., que estaba inquieta... ; que quería verte...

El se tranquilizó con la respuesta, y le explicó que no había querido alejarse porque quería estar cerca de ellos pensando en que los prusianos eran capaces de vengarse en las mujeres y en los niños.

Y añadió sonriéndose:

—La boda será dentro de ocho días...

Luego, como la viera aterrada, le preguntó:

—Pero ¿qué es lo que tienes?

—Nada.

—Algo me ocultas.

—Te juro que no. Estoy sofocada porque he corrido para venir a verte.

El la abrazó y le dijo que constituía una imprudencia el que continuaran hablando allí.

Pretendió salir de la zanja para internarse en el bosque, pero Francisca le retuvo temblando.

—Me parece que sería mejor que continuaras aquí.

—Creo, Francisca, que me ocultas algo.

Nuevamente le juró que nada le ocultaba. Era únicamente que se sentía mejor sabiéndole cerca, a su lado.

Y aun añadió otras razones.

A Domingo le pareció tan extraña aquella conducta, que desde ahora hubiera sido él quien se habría negado a alejarse.

Por otra parte, creía en el retorno de los franceses. Se habían visto tropas por los contornos de Sauval.

—¡Que lleguen lo antes posible!—exclamó ella con fervor.

Dieron las once en el reloj del campanario de Rocreuse. Las campanadas llegaron a sus oídos claras y precisas.

Francisca se levantó como una loca.

¡Hacía dos horas que había salido del molino!

—Escúchame—le dijo a Domingo—. Si te necesitáramos, subiría a mi cuarto y agitaría mi pañuelo.

Marchóse corriendo.

Domingo se inclinó sobre el borde de la zanja para ver mejor el molino.

Cuando Francisca iba a entrar en Rocreuse, se encontró con un viejo mendigo, con el tío Buentiempo, que era conocido por todo el mundo.

La saludó.

Después, le dijo que acababa de ver al molinero rodeado de prusianos, hizo la señal de la cruz y continuó su camino, chapurreando entrecortados vocablos.

Cuando se presentó Francisca al oficial, le dijo éste:

—Ya han pasado las dos horas.

El tío Merlier estaba sentado en un banco, junto al pozo. Continuaba fumando. La joven suplicó, lloró y se arrodilló nuevamente. Pretendía ganar tiempo. Había prendido en su alma la esperanza de ver regresar a los franceses, y mientras se lamentaba le parecía oír a lo

lejos los pasos acompasados de un ejército en marcha.

¡Si se presentaran de pronto! ¡Si los pudiesen salvar a todos!

Suplicó al oficial:

—Señor, una hora más... Concédame una hora más..

Pero el oficial permaneció impasible.

Había dado órdenes a dos soldados de que se la llevasen para proceder al fusilamiento del anciano.

En el corazón de Francisca se libraba un violento combate.

No podía permitir que asesinaran de aquella forma a su padre.

Antes morirían Domingo y ella juntos.

Se lanzaba hacia el corral para hacerle la seña convenida, cuando se presentó el mismo Domingo en persona.

El oficial y los soldados dieron un grito de triunfo. Pero él, como si allí no hubiese más persona que Francisca, adelantóse hacia ella y sosegadamente le dijo:

—Está mal hecho. Debiste haberme advertido. Ha sido necesario que el tío Buentiempo me lo refiera todo... Pero, en fin, aquí estoy.

CAPÍTULO V

Iban a dar las tres. El cielo se había cubierto de grandes nubarrones, presagiando la proximidad de la tormenta. El valle de Rocreuse, tan alegre a los rayos del sol, se había transformado, por efecto de aquel cielo amarillento y aquellos cobrizos celajes, en un desfiladero lleno de siniestras sombras. Domingo había sido encerrado por orden del oficial prusiano, sin que supiera qué suerte le esperaba. Desde mediodía Francisca era presa de mortal angustia. A pesar de los esfuerzos que su padre hacía por llevársela, ella no quiso alejarse del corral. Tenía esperanza en que llegaran los franceses. Pero pasaban las horas, la tarde se aproximaba, y sufría más cada vez, pues todo aquel tiempo que ganaba parecía influir muy poco en el desenlace esperado.

Pero a eso de las tres de la tarde los prusianos se movieron, preparándose para marchar. Hacía unos instantes que el oficial se había encerrado, igual que la víspera, con Domingo. La joven sabía que allí se decidía la vida de su novio. Cruzando las manos, se puso a orar. El tío Merlier no se apartaba de su lado, y en

silencio observaba a su hija, comprendiendo que nada podía cambiar aquella fatal situación.

—¡Padre mío! ¡Dios mío!—decía Francisca implorante—. ¡Lo van a asesinar!...

En aquel momento salía el oficial, y detrás venía Domingo custodiado por dos soldados.

—¡Jamás, jamás! ¡Nunca haré tal cosa!—decía el muchacho—. Estoy dispuesto a la muerte.

—¡Medítelo antes!—respondió el oficial—. Lo que usted se niega a hacer lo hará cualquier otro. Ya ve que en cambio le ofrezco la vida; ¡la vida a cambio de un servicio tan pequeño! Unicamente se trata de que nos guíe a Montredón a través de los bosques. Allí debe haber algunos senderos.

El muchacho no respondía.

—Qué, ¿se niega usted?

—Máteme de una vez, y así terminaremos antes—respondió el muchacho.

Desde lejos Francisca le hacía señas de que cediera.

El pelotón para el fusilamiento estaba ya preparado. Ante él, el oficial esperaba una debilidad del joven. Pensaba decidirle al fin. Por unos instantes reinó el silencio. Empezaba a desencadenarse la tempestad, y en la lejanía se oía el estampido de los truenos. La campiña parecía aplastada por un pesado calor. Un grito resonó en medio de aquel silencio.

—¡Que vienen los franceses! ¡Los franceses!

En efecto, eran los franceses que se acercaban. Por el lindero del bosque, en el camino de Sauval, se distinguía la fila de pantalones encarnados. Hubo una estrepitosa agitación en el molino. Corrían de una lado para otro los soldados pusianos, gesticulando y lanzando

exclamaciones guturales. Pero ni un solo disparo se había hecho todavía.

—¡ Vienen los franceses ! ¡ Ya vienen los franceses ! —gritaba Francisca retorciéndose alegremente.

Un espantoso fuego de pelotón que oyó a su lado la hizo volverse... El oficial acababa de pronunciar la sentencia de su novio.

—Ante todo hay que terminar este enojoso asunto.

Y dando él mismo un empujón a Domingo y echándole hacia la pared del cobertizo, ordenó :

—¡ Fuego !

Cuando la joven se volvió, Domingo yacía en tierra, acribillado el pecho a balazos.

Francisca no lloró ; se quedó alelada. Sus ojos se quedaron inmóviles, y se sentó bajo el cobertizo, a poca distancia del cadáver. De vez en cuando lo contemplaba y con la mano hacía un gesto vago e infantil. Los prusianos tomaron en rehenes al molinero.

El combate fué reñidísimo. El oficial había apostado rápidamente sus hombres, comprendiendo que no podía retirarse sin ser aplastado. Era preferible vender cara su vida. Ahora eran los prusianos los que defendían el molino y los franceses los que atacaban. Violentamente comenzó el fuego de fusilería. Esto duró media hora seguida. Luego se oyó un sordo estampido, y una rama enorme del olmo secular cayó destrozada por una granada. Tenían cañones los franceses. La calle mayor de Rocreuse era barrida por una batería colocada sobre la zanja en que se había ocultado Domingo. Estaba ya claro que no podía durar mucho tiempo la lucha.

¡ Pobre molino ! Las granadas lo atravesaban por todas partes. Su techumbre había volado y los muros se de-

rrumbaban ; pero por la parte del Moselle aún era más lamentable el desastre. Arrancadas de las derruídas paredes, las hiedras pendían semejantes a guiñapos ; el río se llevaba los escombros, y por una brecha se veía la habitación de Francisca, con su lecho adornado con blancas colgaduras, planchadas cuidadosamente. La vieja rueda fué recibiendo una a una varias granadas, que la hicieron exhalar el postrer gemido ; la corriente se llevó sus paletas, y todo el armazón se derrumbó.

Acababa de abandonar el molino todo lo que había sido su alma.

Por fin los franceses dieron el asalto. Este ocasionó un furioso combate de arma blanca. El cielo ponía colores cobrizos en los cadáveres que iban llenando el desfiladero del valle. De izquerda a derecha, los bosques semejaban los muros de un circo que rodeaban el combate, mientras que las fuentes y los manantiales producían murmullos semejantes a sollozos en el terror de la campiña.

Francisca continuaba mirando el cadáver de Domingo sin moverse del cobertizo. El molinero había caído muerto por una bala perdida. El molino ardía, y exterminados ya los prusianos, el capitán francés fué el primero en entrar en el corral. Aquella era la primera victoria que conseguía desde que comenzara la campaña. Elevaba aun más su aventajada talla, y lleno de entusiasmo, reía con aquel aire simpático y caballeresco. Y al ver a la joven atontada ante los cadáveres de su padre y de su prometido, en medio de las humeantes ruinas del molino, la gritó, saludándola y agitando la espada :

—¡ Hemos vencido ! ¡ Hemos vencido !

F I N

PM